

Universidad de Murcia: un curso de treinta años

Cuando a una Universidad se le pide cuentas por decenios, algo gordo ha debido suceder en ese tiempo, o no ha sucedido casi nada, que puede ser igual de grave.

La Universidad de Murcia, cuya existencia era, hasta hace muy poco, desconocida para un buen número de ciudadanos de la región, está encajando por primera vez una campaña de críticas que, si bien muy moderadas en su forma, están convulsionando la pacífica institución, donde nunca pasó nada: ni bueno ni malo.

El Ayuntamiento de Murcia ha elaborado un informe en el que «muestra su disconformidad con la forma en que se ha desarrollado la Universidad en sus dos últimos decenios». Este informe hace notar que de todas las necesidades de la Universidad, constatadas en el III Plan de Desarrollo, solamente se ha conseguido la transformación de la Escuela de Comercio en Escuela Universitaria de Estudios Empresariales, hecho que ha sido general y automático en todo el país.

La monografía sobre el Sureste del III Plan de Desarrollo dice textualmente: «El caso de Murcia es el más deprimido de todos los distritos universitarios del país». Efectivamente, sólo existen las Facultades de Filosofía, Derecho, Medicina y Ciencias y aun éstas muy recortadas e incompletas.

A las críticas de autoridades y opinión pública, el rector, señor Batlle Vázquez, contestó, en signo de protesta, con algo insólito: en la apertura de curso declaró «inaugurado el curso 1944-45», primero que fue de su rectorado y —a juzgar por la conmemoración— pauta y símbolo de treinta años de rectorado.

El señor Batlle rige, efectivamente, la Universidad de Murcia desde 1944 (desde «siempre», dicen en Murcia), habiendo «sobrevivido» a seis ministros.

Aunque las críticas han sido extraordinariamente prudentes, señalando defectos sin pedir responsabilidades concretas, la opinión de una clara mayoría de alumnos y profesores coincide fundamentalmente en achacar al larguísimo y uniforme período de rectorado la causa principal de todas las desgracias de la Universidad. Por otra parte, el rector se ha sentido aludido personalmente desde el primer momento, lo que ha facilitado la definición de las posturas.

Es muy difícil discernir si son las deficiencias de la Universidad las causantes del bajo nivel cultural y social de la región o si es el cuasi-subdesarrollo de la zona lo que ha permitido que vegete una Universidad sin apenas evolución o inquietud. El informe del Ayuntamiento resalta la «languidez de la vida universitaria murciana», así como la «escasa significación social de la misma» y recuerda que el Patronato de la Universidad ni siquiera se ha reunido para sustituir al antiguo presidente, ya fallecido.

El rector, señor Batlle ha entrado con muy mal pie en su último curso de docencia; cesará, por edad, el próximo año. Se ha colocado enfrente una Universidad consciente de su marginación y una región que ahora exige mucho más de lo que se le ha dado. Ya es muy tarde para dejar un grato recuerdo (treinta años son muchos años, sobre todo en materia de educación y evolución universitaria) y todo parece indicar que le espera un curso poco tranquilo. Lo impensable está sucediendo. Incluso el señor Batlle, que es catedrático de Derecho Civil, ve cómo sus alumnos lo han dejado dictando desde su cátedra, al pasar lista...

Hay una necesidad que se palpa y es que este curso —que ni es ni puede ser el 1944-45— será el primero de una nueva Universidad, muy distinta a la que —ya— ha muerto. ■ JUAN GALOS.

La Capilla Sixtina

SU MADRE Y EL

Me telefona Adolfo Benito Sánchez de Royo Terán, al que conocí en el tren de Cercedilla hace unos veinticinco años. Yo llevaba mi máquina de escribir en el maletero y en un vaivén del tren el artefacto cayó sobre la cabeza de la santa madre de Adolfo Benito. Lo que pudo haber sido un homicidio por imprudencia acabó siendo una amistad de tren con intercambio de direcciones y propósitos de relación personal. Pocas veces he visto después a Adolfo Benito, aunque he sabido que, fiel a los cariños políticos de su padre, milita en la extrema derecha incruenta, es decir, la que no va por ahí rompiendo cosas y personas

—¡Sixto! ¡Dichosos los oídos que te oyen!

—Pues vaya quién habló que a la casa honró. Cualquiera diría que tú te dejabas ver y oír.

—Te sigo, te leo mucho. Me gusta muchísimo lo que publicas en "Semana".

—Yo no publico en "Semana".

—¿No? ¡Qué bruto soy! ¡Es verdad! Ahora confundía "Sábado Gráfico" con "Blanco y Negro".

—Yo no publico en "Blanco y Negro".

Un silencio bastante considerable.

—Bueno. A ver. ¿Dónde diables publicas tú?

—En TRIUNFO.

—¿La revista esa de Lola Flores y Carmen Sevilla?

—Desde mil novecientos sesenta y dos, TRIUNFO dejó de ser la revista de Lola Flores y Carmen Sevilla. Ahora hablamos de Bertolt Brecht, del Barça y del Madrid, de Laing y de la infraestructura sanitaria española, amén de un abundante muestrario de bandoleiros andaluces y fiestas celtibéricas de pueblo.

—Muy interesante. Bueno,

chico. Pues yo te llamaba porque quiero fundar una asociación política y estoy buscando los veinticinco mil afiliados.

—¿De qué se trata?

—Una monada de asociación, Sixto, créeme. Fíjate: Asociación Valores Eternos Centristas Regionalistas Españoles Multinacionales. ¿Qué tal te suena?

—Bastante bien. Exactamente igual que Avecrem.

—Es cierto. Avecrem. Pues mucho mejor. ¿Crees tú que Gallina Blanca exigirá la patente del nombre?

—No sé.

—Yo te necesito, Sixto. Es muy difícil conseguir esos veinticinco mil afiliados.

—Es que yo no quiero asociarme, no creo en los valores eternos como no sea el valor humano de superar valores históricos. De centrista nada, pero es que nada. ¿Tú crees que un ciudadano madrileño puede ser regionalista?

Me corta con un cierto tintín.

—Al menos español lo serás.

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿A ese extremo hemos llegado?

—Tal como han puesto los propietarios de la patente la homologación de español yo más bien diría que soy "expañol". Pero espera. Falta la eme. Eme de multinacional y de lo que tú ya te supones. Tampoco, de eso tampoco.

—Pues vaya día. A este paso no voy a tener socios ni para jugar al parchis.

—¿Cuántos te faltan?

—Veintitrés mil novecientos noventa y ocho.

—¿Sólo sois dos?

—Mi madre y yo.

—No te preocupes, Adolfo Benito. Tu caso no es el único y verás cómo se rebajará la exigencia de veinticinco mil hinchas.

—Pero para llegar a dos...

—Pues no sé, no sé... ■

SIXTO CAMARA